

cambio en la esperanza

COMENZÁBAMOS el año 1964 nuestras editoriales afirmando: "Pero lo que es indudable es la existencia de un vasto plan divino de transformar la actual situación de la Iglesia. Vivimos acontecimientos cuya profundidad no alcanzamos a medir y que sólo en la oración y en la meditación profunda pueden vislumbrarse como jalones de un camino de toda la Humanidad hacia su encuentro definitivo con el Señor".

Una superficial mirada a las realidades que se nos imponen dentro del mundo contemporáneo, nos revelan actitudes de cambio y transformación.

A lo largo de veinte siglos de historia el rostro de la Iglesia ha presentado diversos aspectos en conformidad con la situación histórica que la enmarcaba. Hoy, también lo hace. Con una nueva característica. Se percibe como una urgencia de ponerse al frente, tal vez por primera vez en tanto siglos, de los acontecimientos y dirigirlos en vez de sentirse impulsada a obrar frente a la presión de las circunstancias.

Esto se hace hoy con una nueva conciencia eclesial, que impulsa a toda la Iglesia desde las altas directivas del Concilio a esforzarse por transmitir en un lenguaje claro e inteligible la verdad del mensaje de salvación.

* * *

Pero no para encerrarse en planteos doctrinales o institucionales, sino buscando abrirse a las exigencias de la humanidad. Ningún problema humano llega a

las puertas del Pontífice sin encontrar el esfuerzo de una respuesta amplia y fecunda.

El Papa, jefe de toda la Iglesia, ha hecho un llamado ante el problema pavoroso del hambre en la humanidad. En su discurso de Navidad hace una viva exhortación a la fraternidad universal. Todavía resonando en su corazón paterno el recuerdo de su viaje a Bombay afirma: "un sentimiento de profunda simpatía nos confirmó entonces lo que el cristianismo desde hace siglos viene diciendo, y que la evolución de la humanidad va lenta y gradualmente reconociendo y proclamando: que los hombres somos hermanos".

Esta realidad ya la había expresado el Papa con ocasión de su viaje a Tierra Santa, cuando en la gruta de Belén afirmaba: "Nos miramos al mundo con simpatía. Si el mundo se siente extraño con respecto al cristianismo, el cristianismo no se siente extraño respecto al mundo, sea el que sea el aspecto que se presente o la actitud con que corresponda. Sepa el mundo que quienes representan y promueven la religión cristiana lo estiman y lo aman con un afecto superior e inagotable. Es el amor que nuestra fe pone en el corazón de la Iglesia, la cual no hace otra cosa que servir de intermediaria al inmenso amor que Dios profesa al mundo".

"Esto quiere decir, insiste el Papa, que la misión del cristianismo es una misión de amistad en medio de la humanidad, una misión de comprensión, de aliento, de promoción, de elevación; digamos también de salvación...".

Porque, como Cristo, la Iglesia tiene la actitud del Buen Pastor de toda la humanidad. "No hay valor humano que El no haya respetado, elevado, redimido. No hay sufrimiento humano que El no haya comprendido, compartido, valorizado. No hay necesidad humana, que no sea defecto moral, que El no haya tomado y sufrido en sí mismo y propuesto a la índole y al corazón de los demás hombres como tema de interés y de amor y casi como condición de su salvación misma".

Esta actitud cristiana ya manifestada como signo de reconocimiento en la primitiva comunidad siente el

Papa que está atrayendo a la humanidad. Las facilidades técnicas de nuestra sociedad contemporánea ("de tal modo se han abreviado las distancias —diríamos casi suprimido— que el amor debe hacerse universal") y las exigencias psicológicas ("la amistad es el principio de toda moderna convivencia humana") han centrado la búsqueda de la humanidad en el mutuo amor. Hoy todos nos sentimos fácilmente dispuestos a admitir que "la noción del prójimo, que ya el evangelio del samaritano extendía más allá de los límites convencionales, abarca la humanidad entera: todos son nuestro prójimo".

* * *

Esta nueva vivencia no deja de presentarse a la conciencia de los hombres acompañada de grandes obstáculos. Adherirse a estos impedimentos contra la búsqueda del amor es algo muy fácilmente realizable. El hombre lo ha hecho con frecuencia.

El Papa lo comprendió en su mensaje. "El camino del verdadero progreso es fatigoso e incierto. La competencia humana en la búsqueda de lo mejor conoce por experiencia desalentadoras depresiones. El hombre es inestable. La conquista de la verdad es ardua. El bien es difícil. El odio es más fácil que el amor".

Se requiere para ejecutar el plan de una humanidad fraterna algo más que el esfuerzo de un discurso o la claridad de una exposición doctrinal. Hay que traducir las teorías a la práctica, poner en obras los planes de mejoras y progresos. Una obra de tal índole requiere el compromiso de todos. Una vez más nos preguntamos: "¿Encontrará este impulso del Señor el juego acorde de todas las voluntades para apoyarlo?" Siempre, como escribíamos en junio de 1964, al momento de Dios, que inspira, impulsa y promueve se opone el momento de los hombres que condiciona o impide su cumplimiento. "La Iglesia —y su compromiso total frente a la humanidad— es la presencia de la vida de Dios en medio de los hombres, pero esa vida se comunica a los hombres a través de hombres y de signos que no siempre son los vehículos ideales". Así es el esfuerzo del Concilio, así la realización de reformas, así las exhor-

taciones actuales a luchar seriamente contra los males mundiales: la guerra, el hambre, el egoísmo.

Hoy los hombres todos deben colaborar en una acción efectiva para tratar de hacer posible estos esfuerzos. La transformación de la realidad exige hoy medidas efectivas.

Cuando la preocupación del jefe de la Iglesia se vuelca como problema principal sobre las urgentes necesidades de hambre de la mayor parte de la humanidad, cuando la necesidad de restablecer un recto orden de vida alcanza a todas las naciones del mundo y los gobernantes intentan con nuevas soluciones fórmulas de convivencia internacional, y cuando la técnica abre al dominio del hombre las insospechadas posibilidades de la vida espacial, mantenerse en la conservación de viejos esquemas perimidos es tomar una actitud de netas características suicidas.

* * *

Lo remarcable en nuestro mundo contemporáneo es que esto comprende y abarca todos los campos de la vida humana. Hoy en el limitado campo de acción de la República Argentina sería adoptar esta posición suicida el no asumir la consciente responsabilidad de transformarnos. Es claro para muchos que la impresión de pasividad y de inactividad domina en cualquier juicio sobre la realidad política argentina. Todos sienten que el país debe salir de esto y experimentar la ferrea conducción por una vía de progreso. Pero esto se extiende a los aspectos sociales y culturales de nuestra vida.

No es posible que entre nosotros se den hombres que quieran negar los cambios sociales ya en vías de realización con la falsa política del avestruz... No es posible recurrir a un pretendido tradicionalismo, a un supuesto "arraigo" para mantener algo que es en sí mismo caduco y transitorio. La realidad cambiante de la sociedad argentina está clamando por la presencia de quienes con sincera búsqueda de la verdad enfrenten con valor todas y cada una de las transformaciones que exige la hora. No pasa menos en el orden cultural. "El mundo contemporáneo no solamente ofrece nuevas po-

puestas conciliares encuentren rápidamente su ejecución”.

Actitud nuevamente de suma eficiencia es la que debe señalar al hombre de nuestro tiempo.

Existe contra este esfuerzo, eso que Mounier llamaba el pequeño pánico del siglo XX, una corriente de pesimismo que sopla sobre nuestra generación en presencia de los peligros que la amenazan y que hace nacer la sospecha de que nos hallamos cerca del fin del mundo.

Hoy los hombres todos, pero en particular los cristianos deben retomar una actitud de vital audacia. Frente a ese temor hay que renovar la conciencia de vivir la plenitud de los tiempos. Producida la Redención, por la venida del Salvador a este mundo, hemos vivido el acontecimiento decisivo de la Historia. El juicio del mundo ha comenzado. La historia está viviendo su plena crisis. El tiempo de crisis de la Historia es precisamente el tiempo de la Iglesia. Porque la crisis, indica la provisoriedad de nuestra situación, que no tiene en sí nada de estable fuera de ese entronque misterioso en la Gracia con Cristo. Por esto todo el tiempo de la Iglesia es una perpetua venida de Cristo, una perpetua Parusia. Por eso Cristo nos insiste en su predicación: ¡Haced penitencia que se halla cerca el Reino de Dios!

* * *

Esta penitencia es precisamente el compromiso que tenemos en la construcción del mundo de los hombres, para prepararnos por el amor práctico hacia nuestros hermanos a conseguir la personal identificación con el Cristo viviente.

Por eso este tiempo siempre es el de la decisión. Los hombres pueden colocarse del lado o contra de Cristo, pero esto no es con prescindencia de su posición frente a los hombres; sino precisamente según vivan su amor a los demás hombres podrán sinceramente expresar su misterioso entronque con el Amor.

La realización de esta vida en el amor está suponiendo la Esperanza. Que no es el optimismo, postura fácil de quien cree que todas las cosas han de acabar por encontrar una solución en sí mismas, como fruto

espontáneo de una mera crisis de crecimiento y maduración. El mal para un hombre hondamente optimista es tan solo un mero desorden transitorio que debe eliminarse por sí mismo. Es en su esencial el real enemigo de la esperanza. Aleja a los hombres del camino de la salvación porque se coloca en la posición opuesta a la esperanza cristiana.

* * *

La esperanza cristiana supone un desprendimiento de sí mismo para volcarse totalmente en el Otro. Nace del convencimiento de hallarse en una situación sin salida, en una cautividad irremediable, en una impotencia radical que constituye precisamente el punto de partida del cristianismo. Olvidando esta realidad se evacúa el sentido de la esperanza cristiana. Por eso el pecado original es la expresión teológica de esta situación angustiante. La esperanza está amasada de humildad y confianza. Nos hace salir de nosotros mismos para que descansemos en Dios por un acto de abandono heroico. Y exige de nosotros la más completa desapropiación. La actitud cristiana marcada por esta realidad básica muestra la irreductibilidad de las doctrinas cristiana y marxista. Un marxista jamás podrá aceptar que nuestra vida espiritual comienza precisamente el día en que nos atrevemos a descansar con todo el peso de nuestro ser en Dios.

Con esta alegre actitud de esperanza debemos trabajar para librar al hombre de las servidumbres que pesan sobre él. Pero al hacerlo sentimos que nos acompaña una certeza, la de que jamás en el plano de la historia se alcanzará la total liberación de esas servidumbres. Nunca habrá una total destrucción de la injusticia y la muerte. Y, sin embargo, este mismo convencimiento no nos permite perder la esperanza de adelantar la Parusia: como nos exhorta San Pedro: "Supuesto que todas las cosas han de disolverse, cuál no debe ser vuestra santidad, vuestra piedad esperando y apresurando la Parusía del día del Señor (II. P, III, 11).

LA DIRECCIÓN.